







Tratado de Tiburones  
con Karlos Simón



Primera edición en REINO DE CORDELIA, enero de 2019

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodcordelia.es](http://www.reinodcordelia.es)

  @reinodcordelia  [facebook.com/reinodcordelia](https://facebook.com/reinodcordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© Alfonso Mateo-Sagasta, 2018

© Fotografías: Jacopo Brunetti, Juan Carlos Calvín, Óscar Espinasa, Beto Friscione,  
Ernesto García, Cipriano González *Cipri*, Joaquín Gutiérrez, Erick Higuera,  
Teresa Migoya, Salvador Nolla, Juan José Sáez, Mateo Silvente, Karlos Simón  
y Erik de Vicente, 2018

Foto de sobrecubierta: © Joaquín Gutiérrez, 2018

Foto de cubierta: © Juan José Sáez, 2018



[www.karlossimon.com](http://www.karlossimon.com)



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición  
del Ministerio de Cultura y Deporte

IBIC: FJ

ISBN: 978-84-16968-67-1

Depósito legal: M-41374-2018

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización  
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Tratando de Tiburones con Karlos Simón

Alfonso Mateo-Sagasta

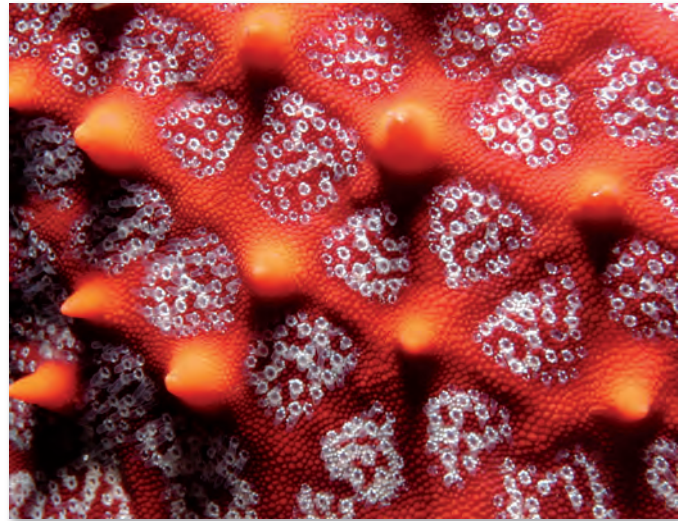






# Índice

Prefacio	Cayo Piedra. Cuba	15
Prólogo		17
Capítulo 1	Empecemos por el principio	31
	¿Tiburones o bailarinas? Nectobentónicos. Tiburón nodriza. Yongala en el país de Brobdingnag. Tiburón guitarra. Universos paralelos. Tiburones leopardo y cebra. Cozumel y las cuevas de los tiburones durmientes	
Capítulo 2	La bella y la bestia	47
	Los <i>raggies</i> de Sudáfrica. Saltando rompientes. Dientes para comerte mejor. La bella en la piscina de la bestia. Accidente de buceo. Bloqueo de glotis. Los demonios de la apnea	
Capítulo 3	Paisaje con tiburones	61
	El placer de la contemplación. Tiburones martillo. Isla del Coco. La visita del solitario. Ventajas de la apnea. Corrientes traicioneras. Galápagos. Martillo gigante en Bahamas	
Capítulo 4	Aletas de tiburón	77
	¿Es demasiado tarde? Mamíferos verdugos. Usos del tiburón. Ciclo reproductivo de los martillo. Sopa de aleta de tiburón. Mi viaje a China	
Capítulo 5	Descenso al Maelström	87
	Un mundo de corrientes. Barracuda Point. Columna descendente. Prueba de narcosis. Leyendas nórdicas. La cueva de Caribdis	



<p><b>Capítulo 6</b> Matad al monstruo</p> <p>La belleza del monstruo. Golpe de fatiga. Pánico en el Naranjito. Marcaje de tiburones. Los ballena en Galápagos, Mozambique, Moalboal y Revillagigedo. Un día de pesca. Estrecho de Tadjoura. La puesta de los cangrejos rojos</p>	<p>97</p>
<p><b>Capítulo 7</b> Mala fama</p> <p>De tiburón a ballena. Golfos, pícaros y asesinos. Devoradores de carne humana. La ruta de los negreros. Errores de identidad</p>	<p>115</p>
<p><b>Capítulo 8</b> Buceadores en su tinta</p> <p>Tiburones omnívoros. Buceo con cebo en cajas. Puntas negras oceánico. Mako y tintorera en las Azores. Intento en Columbretes. Tiburones tigre, mis favoritos. Consejos previos a toda inmersión</p>	<p>129</p>
<p><b>Capítulo 9</b> Cuestión de carácter</p> <p>Elke Bojanowski. El camino del <i>longimanus</i>. Atracción por el blanco. Situación comprometida. Lagertha, reina de Dinamarca</p>	<p>149</p>
<p><b>Capítulo 10</b> Plato del día</p> <p>Tiburones grises en Roatán y los Flinders. Coralinos en Jardines de la Reina. Tiburón toro en Bahamas. Tiburón tigre en Fuvahmulah</p>	<p>163</p>
<p><b>Capítulo 11</b> El monstruo enjaulado</p> <p>¿Qué hay en esa jaula? La Providencia. Fuera de la jaula. Buceo en jaulas. Parque de atracciones. Blanco, el color del miedo. Los consejos de André Hartmann. Guadalupe: blancos en el azul</p>	<p>177</p>



Capítulo 12	Cada paso que da el zorro se acerca más a la peletería ¿Dónde está la gracia? Puntas negras oceánicas. Erich Ritter y su tiburón toro. Una clase de «máster caos». Accidentes de descompresión. Terapia contra las fobias	195
Capítulo 13	¡Tierra! ¡Tierra! Coralinos en Bahamas. Las «gordas» de Playa del Carmen. <i>Malagueña salerosa</i> . Inmovilidad tónica	209
Capítulo 14	Doce horas entre tiburones Una nueva vida. Cacería nocturna. Y eran las seis de la mañana. André Hartmann. Un mundo de caricias. Récord de permanencia entre tiburones	221
Capítulo 15	Galanos ¡Vengan galanos! Los viles galanos. Arte de pesca con bala. Pruebas con los limón. Inmovilidad tónica con limón. Casi, casi, pero no. Un tigre vertical	233
Capítulo 16	Día tras día, con sol, viento o lluvia Gorilas, chimpancés y tiburones. La malagueña es italiana. Cristina Zenato, en directo. Mi baile con los coralinos. Sedosos en Jardines de la Reina. Inmovilidad tónica con tiburones tigre	249
	Epílogo del autor	269
	Fichas de tiburones citados	275



**A MIS PADRES: Elba, la bailarina, y Carlos, el tenor. Os debo, además de la vida, los principios que me habéis inculcado: pasión, esfuerzo, constancia, confianza, humildad y amor incondicional por la familia. Sin ellos, mi historia de buceo nunca hubiera empezado.**

**A mis adorados y queridos sobrinos: Juanma Jr., Christian y Berta y a sus padres, mi hermana Elba, «la luchadora» y su marido Juanma «el infatigable», que me acompañan desde hace muchos años en mi aventura submarina, dándome su amor y apoyo absoluto.**

**A mis abuelos, con los que tantas veces estuve junto al mar.**

**A mi chica, Teresa, mi T, el amor de mi vida. No solo es mi pareja fuera y dentro del agua, es la que me aporta día a día esa energía que se necesita para vivir. Sus frases como: «Adelante con fuerza» y «Sin riesgo no hay ganancia» me han hecho mucho más fuerte. Sin ella, este libro estaría cojo, es más, no hubiera tenido sentido.**





## Prefacio

# Cayo Piedra. Cuba

**A** LOS CINCO METROS se desvaneció la claridad del día. Pasados los siete empecé a distinguir una masa posada en el lecho arenoso, algo que surgía de la penumbra adquiriendo el contorno de un barco hundido. El pecio tendría unos quince o veinte metros de eslora, estaba recostado en el fondo y cubierto de coral. Miles de pequeños peces de colores deambulaban por donde antaño lo hicieran las personas. Me emocioné. Siempre he tenido una mente imaginativa, y aquella inmersión se me antojó un viaje en el tiempo. El ambiente neblinoso, la sensación de ingravidez, la respiración bajo el agua.

Pero no estaba preparado para lo que vino a continuación. En torno al acceso de la antigua sentina, una nube de arena y cieno enturbió más aún la pálida luz que llegaba de la superficie. En el revuelo distinguí de pronto dos enormes aletas, y ya no tuve ojos para más. Resultó que uno de los instructores cubanos había cogido por la cola a un enorme tiburón que descansaba en el interior del barco y lo sacaba para que todos lo viéramos nadar en aguas libres. Me quedé paralizado. Aún



Cartel original de *Tiburón* (1975), de Steven Spielberg.

revivo el calor repentino, el íntimo calambre que sentí en aquel primer avistamiento. Yo había visto la película *Tiburón* y leído la novela de Peter Benchley, pero nunca había imaginado encontrarme cara a cara con el monstruo. Y sin embargo allí estaba, grande y perezoso, dejándose vapulear por un muchacho con la mitad de su peso. Yo aún no tenía ni idea de qué era un tiburón nodriza. El enorme animal se liberó de su acosador, nadó hacia mí serpenteando al tiempo que abría y cerraba su boca redonda y se posó a escasos metros junto a otro ejemplar más pequeño que no había visto. No sabía si sentir miedo, pero seguro que hasta en la superficie oían los latidos de mi corazón.

Aquellos eran tiburones... ¡Tiburones! Y sin embargo parecían bailarinas.



## Prólogo

**M**IS PADRES eran personas normales. Aunque ambos eran artistas<sup>1</sup>, mi madre renunció al *ballet* cuando ya no pudo disimular su primer embarazo, y mi padre se buscó un trabajo estable tan pronto constató que el bel canto y el mundo de la farándula no le ofrecían suficiente garantía como para sacar adelante a una familia. Los compaginó lo que pudo, hasta que al final los abandonó del todo. Siento no haber visto bailar a mi madre, pero al menos me queda el consuelo de haberle oído cantar a él sobre un escenario.

El caso es que ellos se tomaron la tarea de padres más en serio que yo la de hijo. Mi hermana cursó varios años de *ballet*, incluso participó en alguna zarzuela, pero a mí de niño me bastó con tocar el piano y la flauta de oído, y de adolescente con ser los teclados de un grupo *heavy*, todo sin haber estudiado nunca escalas, solfeo, ni ninguna de esas florituras. Era normal que acompañara a mi padre con algún ins-

<sup>1</sup> Mi madre era primera bailarina y mi padre solista tenor de la famosa compañía de José Tamayo.



Sus padres caracterizados para la zarzuela *Luisa Fernanda*.

trumento cuando cantaba, no le concedía mayor mérito, y nunca pensé que poseer una cualidad excepcional debiera condicionar mi vida, sobre todo si para desarrollarla había que estudiar. Porque a mí nunca me gustó estudiar. De pequeño me divertían las ciencias y los experimentos, pero aborrecía sentarme con un libro entre las manos, era superior a mis fuerzas, y aunque acabé haciendo un máster en informática, en mi cabeza siempre rondaba la idea de dedicarme a algo relacionado con el deporte y la aventura. ¿No era eso lo lógico? ¿Acaso no había oído siempre en casa que en la vida había que hacer lo que a uno le hiciera feliz?



Karlos Simón (derecha) en la nieve con su amigo Mario.

Empecé a esquiar con trece años, a la vez que a practicar artes marciales. Probé jiu-jitsu, luego fullcontact y acabé compitiendo en taekwondo. Iba a un gimnasio que se llamaba Kuroi, por Manuel Becerra, no sé si todavía existe. Recuerdo que salía de los entrenamientos con hematomas en las costillas por los golpes del maestro, aunque al final lo que de verdad aprendí fue a evitar las peleas. Pero por encima de todo, lo que más me gustaba en aquella época era hacer escalada libre con mi amigo Mario. Mario era un poco más bajo que yo, tenía el pelo negro y liso, los labios gruesos y los ojos tan rasgados que cuando se reía le desaparecían por completo. Y se reía mucho. Desde hace veinte años creo que no ha pasado un solo día sin que eche de menos su risa.

A los veinte yo ya era un orgulloso monitor de esquí, y estaba tan volcado en la profesión que, con vistas a mejorar mis condiciones laborales de la siguiente campaña de Semana Santa, me apunté en Navidad a un curso de saltos en Sierra Nevada. El curso duraba seis días, pero yo apenas llegué al segundo.

En aquella época empezaba a introducirse el snowboard en España, y dada mi curiosidad y permanente atracción por lo nuevo y lo desconocido, quise probarlo. Me coloqué en la tabla, fijé las ataduras, me deslicé por una pista verde, vi que no se me daba mal, y después de una hora de ensayos me lancé por la pista del Río. Era el 28 de diciembre de 1987, día de los Santos Inocentes. Nunca lo olvidaré. Una costra de hielo parcheaba la pista, de modo que se hacía imposible frenar. No recuerdo cómo caí hacia adelante. Las botas eran rígidas y las ataduras fijas. Rodé como un pelele y acabé con una mala luxación de rodilla y tobillo. Mes y medio escayolado de los pies a la cadera, y luego una lenta rehabilitación que se prolongó casi hasta el verano.

A quien me hubiera dicho que aquel accidente iba a ser providencial en mi vida, lo habría matado.

Cuando llegó Semana Santa y vi que aún no podía reincorporarme a mi puesto de monitor, decidí irme a Cuba. Si la montaña me estaba vedada, el Caribe no parecía mal remedio para la tristeza. Además, deseaba conocer la Cuba de la revolución, y lo hice antes de que la caída del muro de Berlín, la perestroika y la glásnost de Mijaíl Gorbachov arrastraran tras de sí el sueño del Che como latas tras un automóvil de recién

casados. En aquellos años la población sufría carencias evidentes, el bloqueo pesaba sobre la isla como un cielo de plomo y no estaba bien visto por la policía que la población tuviera contacto con los turistas, de modo que poco se podía hacer en el paraíso salvo disfrutar del sol, beber ron y bailar. Así que bailamos, el baile era barato. Pasamos tres días en La Habana, en el Hotel Presidente, y luego nos fuimos a terminar las vacaciones a las playas de Varadero. No recuerdo el nombre del hotel, pero en la piscina había un anuncio de un centro llamado Marina Aqua que ofrecía bautismos de buceo a los residentes.

Mi experiencia con el buceo era nula. Cuando cumplí trece años empezamos a veranear en Benidorm, Alicante, pero antes íbamos con mi abuela Marisa a la Playa de San Juan. Hablo de los tiempos de cuando se usaba crema Nivea como protector solar y otras cosas por las que ahora meterían a unos padres en la cárcel. Los días transcurrían entre la sombrilla de la abuela y los diez primeros metros de la marea, más o menos hasta que las olas nos acariciaban el ombligo. Para completar el equipo básico de tierra, cubos, palas y rastrillos, mi madre me compró una máscara, que siempre estaba llena de agua, y unas aletas que al primer día me hicieron dos heridas en los dedos de los pies. Pedí a mi padre además un tridente para cazar pulpos, y él se negó. «A los animales no se les hace daño», me dijo en su tono de voz cálido y firme, y aquel «no» retumbó en mi mente con eco de bóveda.

Años después recordé sus palabras cuando disparé a un pajarito con mi carabina de aire comprimido. Me la habían



Karlos Simón de niño, con gorro de mariner, en la playa de San Juan (Alicante), en una foto realizada por Carlos Simón padre.

regalado con la condición de que la usara solo para tirar al blanco, pero desde que sentí su peso se despertó en mí un irrefrenable instinto cazador. Una tarde estaba practicando con ella cuando observé que un pajarito se posaba en una rama cercana. De inmediato decidí que aquel desgraciado iba a ser mi primera presa. Para no fallar, acerqué despacio la punta del cañón de la escopeta hasta metro y medio de su desafiante pecho. Era imposible fallar, de modo que aguanté la respiración y disparé. Nada. No le di. Supongo que cerré los ojos en el último instante, y lo peor es





que el pajarito ni siquiera alzó el vuelo, se me quedó mirando con cara de decepción. Entonces recordé el «no» abovedado de mi padre y pensé que mi destino estaba escrito, que por mucho que lo intentara yo no había nacido para hacer daño a los animales. A veces un pequeño milagro ahorra horas de reflexión atormentada.

Decía que mi experiencia con el buceo era nula, pero me apunté a aquel bautizo, primero en la piscina del hotel, y luego en el mar. Nunca olvidaré al instructor. Tendría unos diez años más que yo, era un tipo de aspecto caucásico, alto, fuerte, de pelo color castaño con las puntas aclaradas por el sol y un bigote acabado en punta, rubio y salvaje como de húsar en campaña. Se llamaba Alside, y en medio de su tez curtida brillaban socarrones sus ojos color zafiro. Desde que empecé a tener mis propios alumnos he pensado muchas veces en él y en lo importante que es dar al principio de una carrera con alguien que tenga ganas de enseñar. Alside fue un ejemplo y una guía.

Lo primero que hizo fue meternos a los neófitos en la piscina, donde pasamos más de una hora practicando ejercicios básicos. No se había normalizado todavía el uso de chalecos hidrostáticos, el equipo consistía en una placa de plástico rígida a la que se ajustaba la botella, sujeta a la espalda con dos correas como una mochila. Por eso era tan importante controlar el lastre con el que se bajaba y el modo de equilibrarse en profundidad. Además, la grifería era muy simple, solo primera y segunda etapa, y botellas de válvula «J», de las que se cerraba el conducto de aire cuando faltaban 50 atmósferas



y había que bajar la varilla para abrir la «reserva»; ni manómetro, ni segunda etapa auxiliar, nada de nada.

Cuando Alside estuvo satisfecho de nuestros progresos, nos llevó al mar, a Cayo Piedra, cerca de Varadero, a bucear en un barco hundido a unos doce metros de profundidad.

Aquella primera inmersión en el mar cambió mi vida, y eso que al principio todo se me puso de cara. Para empezar, llevaba por traje una camiseta de algodón morada y un diminuto bañador negro. No podía empezar peor. Además, el trayecto hasta el punto de inmersión lo hicimos sentados de medio lado en las amuras de una pequeña barca de fibra y con las hombreras del arnés tan apretadas que apenas podía respirar. Creí que todo mejoraría una vez que saltáramos al agua, pero lo que sentí al meter la cabeza en el mar fue un ataque de angustia, una sensación de ahogo y un delirante deseo de salir de allí cuanto antes. El grupo empezó a sumergirse y yo me agarré al borde del chinchorro como la cría de un babuino y grité al patrón para que me ayudara a salir. Por suerte Alside se dio cuenta de la situación y acudió en mi ayuda. Con paciencia, revisó el equipo, aflojó las correas y me animó a probar de nuevo. Inhalé con desconfianza, pero un caudal limpio y abundante de aire entró expandiendo mis pulmones sin esfuerzo. A partir de ahí, todo fue rodado.

Recuerdo el barco hundido, el paisaje tenebroso, la luz opalina, la nube de cieno en suspensión por la lucha de los instructores para sacar a los tiburones del pecio agarrándolos por la cola, y la paciencia vacuna de esos animales a los que yo creía devoradores de hombres.

Antes he contado que no me gustaban mucho los libros, pero era adicto a los tebeos de Joyas Literarias Juveniles que nos compraba mi padre, una colección de Bruguera donde estaban adaptados todos los clásicos de la literatura. En esas ediciones recuerdo haber leído por primera vez a Stevenson, a Karl May, a Walter Scott y por supuesto a Emilio Salgari y a Julio Verne. De *20.000 leguas de viaje submarino* tenía grabada la escena de los protagonistas saliendo del *Nautilus* a pasear por el fondo del mar, donde, a pesar de lo aparatoso del traje, nada les era ya pesado: ni la ropa, ni el calzado

Grabado de un tiburón  
procedente de la *Gottlieb  
Tobias Wilhelm's  
Encyclopedia of Natural History*,  
publicada en 1804.



emplomado, ni el enorme casco de bronce en el que les bailaba la cabeza. El paseo era maravilloso hasta que se les helaba la sangre en las venas porque se veían amenazados por unos formidables escualos: «Eran un par de tintoreras, terribles tiburones de cola enorme, mirada apagada y vidriosa, que despedían cierta materia fosfórica por unos orificios que tienen alrededor del hocico, que trituran a un hombre entero entre sus mandíbulas de hierro». Condicionado por aquel recuerdo miré a mis tiburones y vi, no sin decepción, que no expelían ninguna materia fosfórica, que sus mandíbulas parecían los labios abultados de una modelo y que su mirada tenía más de antílope que de pantera.

Yo no sabía aún qué era un tiburón nodriza, solo sentí que aquellos enormes animales (el grande mediría más de dos metros y medio, que debajo del agua me parecieron cinco), en vez de miedo y repulsión, me provocaron ternura y paz.

Salí del agua eufórico. Me gustó tanto la experiencia —los tiburones, el barco hundido, la sensación de ingravidez, la respiración bajo el agua—, que hice dos inmersiones más, y al salir de la tercera, Alside me puso la mano en el hombro y con voz pausada me dijo: «Buceas bien, ya verás como te vas a dedicar a esto». Aquellas palabras prendieron en mi corazón una llama que acabó por arrasarlo todo.

Lo primero que hice al regresar a España fue sacarme el título de buceador deportivo e incorporar el buceo al resto de



Edición de *20.000 leguas de viaje submarino* en la colección Joyas Literarias Universales de Bruguera.

mis aficiones, al principio por detrás del esquí y la escalada, mientras mi vida profesional seguía un rumbo totalmente distinto. Hice un máster en Informática, entré a trabajar como programador en una entidad bancaria, luego me contrataron de jefe de informática en una empresa francesa... Me iba muy bien, ganaba mucho dinero, tenía coche, moto y veintitrés años, pero en mi mente se repetía sin parar la frase de Alsíde: «... te vas a dedicar a esto». Tanto me pesaba que empecé a interesarme por la costa granadina y a soñar cómo sería mi vida si de verdad me animara a dar el paso.

Al final fue en el Club Náutico de Motril donde descubrí el pequeño local de cuarenta metros cuadrados que estaba llamado a convertirse en la sede de un sueño. Había llegado el momento. Tanteé a mis padres a ver si podían echarme una mano, les conté que, aunque en la informática me iba muy bien, no quería pasarme la vida encerrado en un despacho y que el buceo era a lo que deseaba dedicarme. De primeras mis padres se quedaron mirándome como dos setter irlandeses, luego intentaron hacerme ver el despropósito de mi proyecto, y al final, resignados, me dieron su bendición y me confiaron parte de sus ahorros.

El 1 de abril de 1993, cogí el coche, mi moto —una Suzuki GSXF 750—, el título de buceador deportivo de dos estrellas y me planté en la costa dispuesto a empezar una nueva vida. Lo primero que hice fue reformar el local, adquirir equipos, compresor, comprar un barco inadecuado y contratar a un instructor ladrón. Cada día era una aventura, y eso que en

aquella época apenas había normas que regularan la instalación de un centro de buceo. Por fin, un mes después todo estaba preparado, y el 1 de mayo quedó marcado a fuego en mi corazón por dos motivos bien distintos: fue el día que inauguré mi primer centro de buceo, y el último día que vi con vida a mi amigo Mario. Y eso que la fiesta no pudo empezar con mejores augurios, Granada entera estallaba de color y alegría por las Cruces de mayo, toda la provincia estaba volcada en las calles festejando la primavera.

Mario vino a la fiesta en moto desde Mijas, donde trabajaba. Los dos éramos moteros desde los dieciocho años, esa era otra de las aficiones que compartíamos, además del montañismo y el esquí. Después de la fiesta, muy entrada la madrugada, nos separamos en un cruce en las afueras de Motril. Él se desvió para incorporarse a la carretera hacia Málaga y yo giré hacia el pueblo. Sin embargo, no nos habíamos alejado cincuenta metros cuando ambos nos detuvimos de golpe. Él se bajó de la moto, yo del coche, anduvimos la distancia que nos separaba en silencio y en silencio nos dimos un fuerte abrazo. Nuestro último abrazo.

No me enteré del accidente hasta la hora de comer, y desde entonces el recuerdo de aquel abrazo me ha acompañado en todo lo que he hecho, siempre, a cada paso que he dado en la vida. Creo que incluso me ha salvado del dolor y del desánimo en más de una ocasión.

Desde aquel lejano 1 de mayo de 1993 me dedico profesionalmente a promover el buceo deportivo. Doy cursos a bucea-

dores, a instructores, me encanta el buceo profundo, me gustan los pecios (de hecho, acabo de rodar una serie para TVE titulada *Hundidos*, que trata precisamente de grandes pecios en el litoral español) y bucear bajo el hielo, hasta he diseñado un modelo de chaleco de montaje lateral, el KSoI de SEAC

Imagen de la cabecera del programa televisivo *Hundidos*.



para buceo en lugares estrechos, pero lo que ha marcado mi ritmo profesional es la grabación de vídeos submarinos y el buceo con tiburones, la lenta y progresiva aproximación a esos animales apasionantes. En el camino he dado muchos palos de ciego. No soy biólogo, ni etólogo, ni químico, ni genetista. Mis observaciones son las de un buceador que ama el mar y sus criaturas, y que desearía contagiar a los demás la pasión que siente.

## Capítulo 1

# Empecemos por el principio

¿Tiburones o bailarinas? Nectobentónicos. Tiburón nodriza. Yongala en el país de Brobdingnag. Tiburón guitarra. Universos paralelos. Tiburones leopardo y cebra. Cozumel y las cuevas de los tiburones dormidos

**Y** A HE CONTADO que mi primer contacto con tiburones fue en Cuba, en Cayo Piedra. Se trataba de tiburones nodriza (*Ginglymostoma cirratum*), unos animales cuyo comportamiento contradecía todo lo que yo sabía sobre los escualos hasta ese momento: no eran agresivos, no tenían la boca llena de dientes enormes y encima ni siquiera tenían que estar nadando continuamente para respirar.

Pero eran tiburones.

Si he decidido empezar por ellos es porque también los asocio a una época de mi vida en que todo era nuevo, una época en que aún estaba aprendiendo a sentirme realmente cómodo bajo el agua y de la que, para ser sincero, me siento muy orgulloso.

El tiburón nodriza es un animal aparentemente tranquilo de hábitos nocturnos, que es cuando resulta fácil verlo cazando en los arrecifes, como por ejemplo en el Alimathaa Pier,

en el atolón de Vaavu, Maldivas. Cualquier noche se puede ver allí una docena de tiburones buscando comida entre las piedras y a un centenar de buzos siguiéndolos ávidamente con sus cámaras y sus focos, y aunque suene extraño, tanta gente no resta vistosidad ni emoción al espectáculo.

Durante el día, sin embargo, el nodriza suele permanecer tumbado en alguna cueva o en un fondo arenoso cercano a la costa, gracias a que son capaces de respirar bombeando agua por la boca a través de sus branquias. Pertenece al grupo de los tiburones nectobentónicos, es decir, que habitan en el fondo del mar y son totalmente inofensivos si no se los acosa o se les mete la mano en la boca, y no crean que hay que ser muy torpe para hacer una cosa así, le puede pasar a cualquiera que no sepa con quién trata. Resulta que este tiburón es un experto cazador de crustáceos, moluscos, serpientes marinas, peces y rayas, pero no captura a sus presas en mar abierto, sino que las saca de sus escondites aspirándolas gracias a unas grandes cavidades que tiene en la garganta y que usa a modo de fuelle. Es decir, que rodea con su boca la oquedad donde se esconde su presa y la succiona como si sorbiera una pajita.

En Tiger Beach, Bahamas, llama la atención verlos acudir al cebo que colocan en cajas de fruta para atraer a los tiburones limón y a los tigre —ya tendremos tiempo para hablar de esto—, de hecho son casi los únicos que logran comer algo, porque colocan directamente sus bocas contra las paredes de las cajas y succionan arrastrando trozos de pescado.



Dicho esto, no es raro que alguien inexperto sostenga un trozo de cebo para alimentar a un nodriza y espere a que esté muy cerca para soltarlo sin tener en cuenta su golpe de succión, de modo que de pronto el animal engulle, sin querer, cebo y mano. Y una vez la boca en la mano es difícil sacarla sin profundos desgarros, porque sus diminutos dientes crecen hacia atrás para retener mejor a las presas.

En una inmersión enfrente de Playa del Carmen (México), el lugar donde Gonzalo Guerrero, padre del mestizaje, puso en contacto por primera vez la civilización europea con la maya, tuvimos la fortuna de distinguir su lomo color pardo oscuro entre la arena blanca. Se trataba de un buen ejemplar de casi tres metros (pueden llegar a medir hasta cuatro), que había enterrado sus grandes y redondeadas aletas pectorales y parecía una roca en medio del arenal. Por suerte, las dorsales lo delataron a distancia. Nos acercamos muy despacio hasta tumbarnos a su lado. Pudimos contemplar a placer las largas barbas que le colgaban del hocico como a un pez gato y la boca pequeña de gruesos labios muy adelantada respecto a los ojos. Casi podíamos sentir la corriente que fluía por sus branquias. Cuando creíamos que él también estaba a gusto con nosotros, algo le molestó y de una sacudida se levantó del suelo cubriéndonos con una nube de arena fina antes de desaparecer. En Cozumel tuve un encuentro parecido, con la suerte además de poder seguirlo en el



Estatua homenaje a Gonzalo Guerrero.

agua a plena luz del día, porque, como tiene tan largo el lóbulo superior de la aleta caudal, su forma de nadar es sinuosa y elegante.

La verdad es que me he encontrado con tiburones nodri-za en muchos lugares<sup>2</sup>. En algunos fueron las estrellas de las inmersiones, y en otros pasaron totalmente desapercibidos, como en el caso de Bimini (Bahamas), donde no teníamos ojos más que para los martillo gigante, o en el Yongala (Austra-

<sup>2</sup> En Jardines de la Reina (Cuba), en Australia, en las islas Caimán, Roatán, Bahamas, Maldivas...



Grabado de 1856 para *Los viajes de Gulliver*.

lia), donde dos ojos son pocos para una de las mejores inmersiones que se pueden hacer en el mundo, y el protagonismo fue para los tiburones guitarra.

En el segundo episodio de *Los viajes de Gulliver*, el protagonista, después de su paso por Lilliput, llega a una tierra donde todo es gigantesco. El hombre que lo encuentra mide veintidós metros de altura, es casi tan alto como un campañero, las ratas son como perros y los mastines más grandes que cuatro elefantes. Se trata del país de Brobdingnag, cuya capital era Lorbrulgrud, y el autor del libro, Jonathan Swift, lo sitúa equivocadamente como una península en el noroeste de Norteamérica. Y digo que se equivoca porque sé con certeza que el país de los gigantes se encuentra en Australia, en los Flinders, en la zona este de Townsville, en el pecio del Yongala, donde todo es desproporcionado.



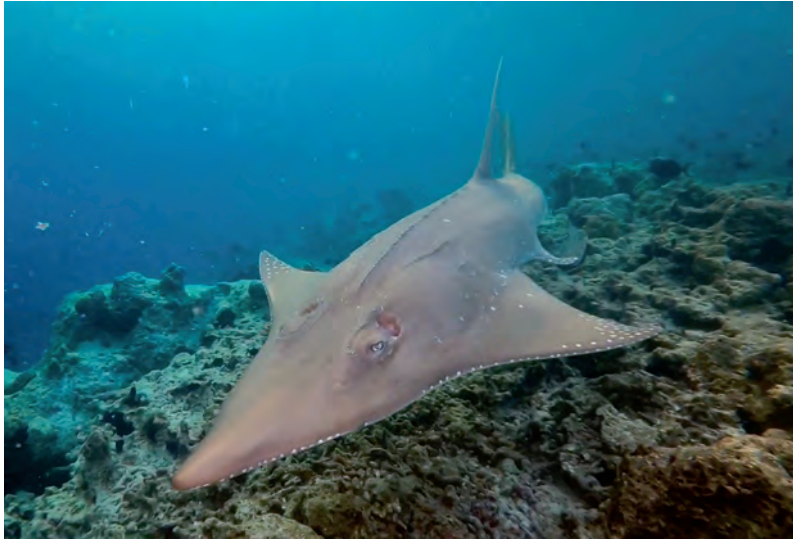
El SS *Yongala*  
antes de hundirse.

El SS *Yongala* era un transatlántico de vapor de 110 metros de eslora y 14 de manga, que se hundió debido a un fuerte ciclón el 23 de marzo de 1911 arrastrando consigo a ciento veintidós personas. Hoy en día reposa inclinado unos 45 grados sobre su costado de estribor en una llanura arenosa a unos 30 metros de profundidad. Para los australianos es un monumento funerario, y por eso está terminantemente prohibido penetrar en el casco bajo pena de inmediata extradición, pero les aseguro que no se echa en falta. Todo el pecio está tapizado de coral, y lo que lo rodea es de tal exuberancia que apenas da tiempo a asimilarlo.

Mi primer contacto con el barco fue sobre su casco a catorce metros de profundidad en la zona de popa, y desde allí dimos

la vuelta completa al pecio en dirección contraria a las agujas del reloj.

Nada más empezar nos sorprendió un grupo de quince o veinte peces napoleón, muy raro en un animal habitualmente solitario, y luego nos topamos con meros gigantes y chernas tropicales como zepelines de dos metros y medio —nunca había visto un pez óseo tan grande—, y rodeados a su vez de peces más pequeños que se movían muy despacio y al unísono. Aquellos fenómenos nadaban entre cardúmenes de peces cirujano, de jureles, de peces cardenal y peces murciélago de casi un metro de diámetro, todos fuera de los parámetros normales, todos dignos del país de Brobdingnag. Entre el coral abundaban densísimos bancos de peces cristal y serpientes marinas de color ocre, de las no venenosas, y se veían tortugas y grandes morenas verdes. Yo estaba totalmente deslumbrado, tenía la sensación de que me perdía más de lo que llegaba a ver, pero no importaba, porque llegando de nuevo a popa me aguardaba la mayor sorpresa. Entre un montón de enormes rayas pastinacas, tantas que parecía no haber suelo para todas, vimos varios tiburones guitarra posados en el fondo. Uno en particular me llamó la atención, un ejemplar color beige de casi cuatro metros para el que nosotros no fuimos más molestos que un banco de peces ángel. Rodeé despacio su enorme cabeza triangular con las aletas pectorales casi fusionadas mientras él me seguía aburrido con la mirada, y luego contemplé con curiosidad el extraño relieve que recorría el cuerpo de la cabeza a la cola. Sus dos aletas dorsales



Tiburón guitarra.

se erguían firmes y rectas como el dibujo infantil de una montaña. Aquel animal era tan deslumbrante que apenas presté atención a los tiburones toro que surcaban el azul a corta distancia.

Nos permitían hacer hasta siete inmersiones al día, y las hicimos todas. Creo que el Yongala está entre los diez mejores puntos de inmersión que he visitado en mi vida, y con mucho el que me ha dejado la sensación más intensa de penetrar en un universo tan diferente como el que inventó Swift.

Porque creo que conocer el mundo submarino tiene mucho de eso. La falta de aire y la ingravidez que se siente bajo el agua es como tomar parte en un viaje espacial de descubrimiento exterior e interior, y no seré yo el último a quien el buceo le ha cambiado la vida. Recuerdo hace años a una

Página siguiente,  
tiburón nodriza.





madre desesperada porque había sorprendido a su hija sentada en la ventana a punto de saltar. La chica tenía dieciocho años, pesaba noventa kilos y estaba tan harta de sufrir acoso escolar que no quería ni salir de casa. Le propusimos que probara el buceo, aunque solo fuera un bautizo, a ver si algo cambiaba al conocer otro tipo de sensaciones. La niña aceptó, le hicimos el bautizo en el mar, descubrió que había otro mundo donde no tenía cabida nada de lo que le atormentaba en su vida diaria, un mundo donde podía ser la persona que quisiera. Le ofrecimos que se quedara a echarnos una mano en el centro, y poco a poco fue cogiendo soltura en el trato con la gente, empezó a perder peso por la actividad física, aprendió a usar el compresor, a manejar el material y por fin recuperó la sonrisa. Poco después le entraron ganas de sacarse los títulos de *openwater*, *advanced*, *rescue*, *divemaster* y por fin el de instructora. Cuando ya era ella la maestra, decidí retomar los estudios que había abandonado de adolescente y accedió a la Universidad. Y todo por un paso. De no darlo en la ventana, a darlo en el mar.

Pero los nodriza y los guitarra no son los únicos tiburones nectobentónicos por los que me he entusiasmado. En Tailandia estuve buceando en el mar de Andamán en las islas Similan y Surin, y muy en particular en una zona que se llama Riche-lieu Rock, un bajo rocoso que sobresale como un metro del agua, pero que hacia abajo es una montaña de vida recubierta de coral. Hay muchísimos peces león y serpientes de mar, estas sí venenosas, de las listadas blancas y negras, las llamadas sie-



te brazadas, porque si te llegan a picar, a la octava estás muerto. Pero es muy difícil que lo hagan. Tienen la boca muy pequeña y tendrían que hacerlo en una oreja, en la nariz o en un dedo. Y además, aunque nadan rápido, no reconocen a los buzos como presa y no atacan. Yo les hacía fotos a menos de un palmo o les filmaba mientras se movían entre los corales y ni se inmutaban, como mucho giraban a veces la cabeza como diciendo qué pesado eres, pero nada más.

Les cuento esto porque también es zona de tiburones nectobentónicos, sobre todo leopardo y cebra, aparte por supuesto de ver en cada inmersión a tiburones de puntas blancas de arrecife y grises. Los leopardo y los cebra son parecidos al nodriza, también se los encuentra de día tumbados en los fondos arenosos, tienen la línea de la boca por delante de los ojos y su cola alargada parece una prolongación del cuerpo, pero se distinguen en que tienen la piel moteada, son más cabezones y unas protuberancias les recorren el lomo longitudinalmente como al tiburón ballena, con el que están lejanamente emparentados.

He empezado este libro con los tiburones «más tranquilos», por decirlo de alguna manera, pero los nectobentónicos no son los únicos que contradicen el supuesto de que los escualos deben nadar constantemente para no asfixiarse, como pude comprobar durante el rodaje de un documental sobre Cozumel. Y no me refiero a tiburones pequeños como el puntas blancas de arrecife, a los que también es fácil ver tumbados en la arena, sino a los grises dormidos.